

DE VIENA A PETROPOLIS - TREINTA AÑOS DESPUES

HACIA LA TUMBA DE STEFAN ZWEIG

Por: RAFAEL GOMEZ PICON

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 104, Volumen XXVII
1972*

A medida que se avanza de Río de Janeiro hacia el norte por magnífica autopista, la ondulada y azulona Sierra del Mar se extiende hacia el oriente con remilgos de cingara, tentada por la curiosidad de mirarse al espejo del extremo norte de la bahía de Guanabara que se muestra a veinte kilómetros de distancia.

Al ascendente culebreo de la autopista se dominan alcores y valles que parecen presentir la proximidad de su fin, es decir, la cercanía del mar. "El Grinío", amplia azotea natural remodelada por el hombre es un espléndido mirador desde el cual se columbran extensos contornos. En su centro, sostenido por alta y fuerte columna, se levanta un modernísimo y original restaurante en forma de copa. Más adelante, bordeando la vía, el famoso casino u hotel "Qutandinha". Un persistente hálito de alegría de vivir que proviene, posiblemente, de Río de Janeiro, la Ciudad Maravillosa, se esparce en el campestre ambiente embriagador.

Petropolis, Ciudad Imperial

Al final de un recorrido de sesenta y cinco kilómetros, sobre el lomo de la Sierra del Mar se levanta la ciudad de Petrópolis a 813 metros de altura sobre el nivel del mar en medio de una vegetación exuberante, con clima de tono realmente principesco por su acentuada suavidad. Refiérese que el emperador Don Pedro I compró en 1.850 la hacienda de "Córrego Seco" ("Arroyo Seco"), datando desde entonces el interés de la familia imperial por aquel lugar, en donde el emperador Don Pedro II estableció la práctica del veraneo brindando las facilidades posibles. Desde luego, fue secundado por los miembros de la Corte, así como por las familias pudientes de Río de Janeiro y otros lugares. Desde entonces fue bautizada con el nombre que hoy ostenta con orgullo, en memoria de los emperadores del Brasil que le dieron vida. Además, su gobierno estableció desde esa misma época una colonia de alemanes que por diversos aspectos contribuyó a darle firmeza y renombre. También ha sido residencia ocasional de varios presidentes del Brasil quienes han establecido allí su despacho durante la estación veraniega.

Pero además de sus abolengos que la tiñen de cierto romanticismo monárquico, transplantado desde Europa pero que no llegó a arraigar en América, la urbe ostenta avenidas, parques, monumentos, barrios populares y residenciales, hoteles, iglesias, industrias diversas, intenso comercio, excelentes restaurantes, radiodifusoras, Universidad Católica, sede de obispado y la casa de Alberto Santos Dumont el famoso aviador brasileño nacido en 1.861. En la antigua residencia veraniega de los emperadores funciona el Museo Imperial, mantenido con esmero y cuyo denso y variado contenido requiere varias horas, acaso días, de observación y de estudio. Es el Palacio Imperial circundado por hermoso parque. Cruza la ciudad el pequeño río Quitandinha sobre el cual se tienden en arco varios puentes. Sus habitantes, que llegan a unos cien mil, son generalmente muy acogedores. Todo lo anterior explica por qué es un centro de creciente turismo.

Una casa semi oculta entre espesa arboleda sobre una colina desde cuya base tratábamos de observarla y a la cual no era posible acercarse por diversos motivos, era la residencia de Stefan Zweig y su esposa Elisabeth Charlotte. Es una especie de mirador que cubre buena parte de la ciudad y del lejano horizonte. Su distante presencia nos indujo a visitar de inmediato el cementerio. Ya en camino hacia el lugar en donde se encuentra la tumba de "ese señor extranjero que era tan visitada por gentes que venían de muy lejos", según expresión de un guía ocasional, la lluvia, acompañada de fuerte granizada, parecía empeñarse en impedir nuestro propósito el cual realizamos ante el comentario de las buenas gentes que con curiosidad nos contemplaban guarecidas debajo de los aleros.

Dos tumbas tendidas paralelamente de sur a norte, separadas entre sí por unos doce centímetros, están cubiertas por doble plancha de reluciente mármol negro resguardadas hacia la cabecera por una especie de espadaña del mismo material de cinco centímetros de espesor por un metro de altura, con un pequeño recipiente para colocar flores. La lluvia, ya un tanto calmada, ha hecho brillar más el mármol sobre el cual escurre el agua cual gruesos lagrimones. En altorrelieve se lee claramente en una de ellas: "Stefan Zweig-Viena 28-11- 1.881, Petrópolis 23-2-1942". En la otra, "Elisabeth Charlotte Zweig-Kattowitz 5-5_1.908-Petrópolis 23-2-1.942". Están al pie de un pequeño montículo que hace de protector natural. Hacia la izquierda árboles y palmeras entretejen un leve murmullo al ser besados por la brisa. Los pajarillos resguardados en el denso arbolado renuevan sus vuelos y sus cantos como si arrullasen el nacimiento de un nuevo y delicado cuento de los bosques de Viena. Y con el propio Zweig, en su estupenda interpretación del espíritu del inmortal Tolstoi, repetimos con función: "¡ Cuán admirable es en su callada elocuencia la naturaleza, siempre reflejando imágenes nuevas, más viva y más sabia que todos los pensamientos del hombre!".

Sobre este ambiente de dolorosa égloga flota y flotará el espíritu de Stefan Zweig, el pensador, el sicólogo, el filósofo, el sociólogo, el poeta, e insuperable escritor quien con toda razón conquistó renombre universal y que al evocar con intensa amargura "el mundo de ayer" no pudo soportar que Europa incidiera en la segunda guerra mundial. Como un desesperado en busca de paz huyó al Brasil, país acogedor por excelencia, en donde transcurrieron sus últimos días hasta que por propia determinación abandonó este mundo en compañía de su fiel esposa, aquel 23 de febrero de 1.942. Hasta para elegir el lugar de su tumba se mostró como excelso poeta.

Brasil, Supremo Refugio

¿Por qué eligió Stefan Zweig al Brasil como supremo refugio? La impresión que el gran país suramericano causó en su espíritu fue tan honda y tan admirable, que fácilmente puede apreciarse en su famoso libro póstumo "Brasil, País del Futuro". "El Brasil -afirma Zweig merece la admiración del mundo. Por su estructura etnológica, si hubiese aceptado el delirio europeo de nacionalidad y de razas, sería el país más desunido, menos pacífico y más intranquilo del mundo". Afranio Peixoto, prologuista de su mencionada obra, dice entre otras cosas: "El Brasil es como las mujeres bonitas: tienen apasionados de toda suerte, hasta los desinteresados. No quieren nada, ni una mirada, ni

una sonrisa, nada. Bástales amar. Llamen a esto galanteo de "caboclo" (campesino): hasta la enamorada lo ignora... Era así el amor caballeresco. Goethe resumíolo en una frase: "Si te amo, ¿qué te importa?". Zweig es así".

Una Vida Ejemplar

¿Y cómo discurrió la existencia del eximio publicista en el país elegido? Es necesario oír de nuevo a Peixoto: "Es el escritor más publicado, más adquirido y más leído del mundo: ensayos, biografías romanceadas, ficción pura. El autor es un encanto de convivencia, de conversación, de sencillez: ternura y poesía. Pudiendo estar festejado en los Estados Unidos de América del Norte como Maurois, o en la Argentina como Waldo Franck ... aquí está, aquí estuvo, sin ruido, en el Brasil. Aquí no fue al Palacio Presidencial, ni al de "Itamarati" o Relaciones Exteriores, ni a las Embajadas, ni a la Academia, ni a los periódicos, ni a las radios, ni a los Hoteles-Palacios .. , Anduvo, volvió, paseó, viajó, vivió. No quiso nada, ni condecoraciones, ni fiestas, ni recepciones, ni discursos... N o quiso nada" . -y pensar que era una de las personalidades más brillantes, más renombradas del mundo. Era un ejemplar humano de eximia calidad.

Explicación y Retorno

Cuando la tarde insinuaba su contacto con las sombras. .. o "cuando muda la tarde se concentra para el olvido de la luz y la penetra un don suave de melancólica quietud" ... como en el canto del Maestro Guillermo Valencia, la Sierra del Mar iniciaba su recato en el nocturno recogimiento.

Colmamos de flores las dos tumbas y con paso torpe abandonamos el melancólico y evocador recinto. Allá quedó él, Stefan Zweig, siempre vivo en espíritu y acompañado por su esposa. La hecatombe de la segunda guerra mundial lo había herido de muerte. Lo hundió en el abismo. Y repetimos sus propias palabras en el mencionado estudio de León Tolstoi: "Quien ha mirado alguna vez en el abismo indescriptible, ese ya no puede apartar nunca la vista de él: ese siente cómo la oscuridad le inunda los sentidos y ese ve cómo se le borra todo el colorido y la luz de la vida. La risa se le hiela en los labios; o que toea su mano parece helado por la Nada ... ". Nos despedimos acongojados al recordar lo acontecido trágicamente hace treinta años hecho que desde entonces este sí en un momento estelar para la Sierra del Mar, la cubrió con amoroso hálito de inmortalidad que ella, a su vez, lo expande por el mundo.

